

## CARLOS FUENTES NARRADOR (1928-2012)

Carlos Gómez Carro\*

¿Cuántas veces se puede morir antes de morir? "Sí, güerita" fueron las últimas palabras con las que Carlos Fuentes, la mañana del pasado 15 de mayo de 2012, se despidió de su mujer y de la vida. Poco antes, habría pergeñado una nota celebratoria de los 80 años de Elena Poniatowska que retrata de modo nítido la generosidad que prodigó siempre a sus amigos, a sus seres queridos. De esto hablaba Gabriel García Márquez en la nota que publicara en el 2008 para celebrar, también, los 80 años de su amigo, "Carlos Fuentes, dos veces bueno". Bueno como escritor y bueno como amigo.

En las fotos del escritor lo vemos casi siempre con la mirada interrogante, aguda, casi hiriente, de águila como su nariz, interrogando al mundo, intentando descifrar sus secretos. Ya sea en su inmensa biblioteca en San Ángel, de lector intenso y oceánico, en la contemplación de algún grafiti en la Ciudad de México o del mar en alguna playa de Colombia, en la charla con sus amigos o en la incisiva exposición de sus ideas en algún encuentro en Buenos Aires o en Madrid, de la que era difícil evadirse. Un caricaturista (Palomo, si no mal recuerdo) situaba la mesita del respaldo de un asiento de avión como su habitual "mesa de trabajo". Y es que poco antes de morir había estado en Argentina, donde había vivido algunos años de su infancia, pero lo mismo podría haber estado en Santiago (sentía a Chile como su segunda patria) o en Londres, donde residía la mitad del año. Parecía tener el don de la ubicuidad.

Ahora nos queda hacer un finiquito, el balance de lo que nos dejó con su abundante obra. La obra de un hombre que no dejó nunca de concebir nuevos proyectos literarios (se decía el único escritor calvinista mexicano). Y no sólo las que dejara inacabadas o las que están por publicarse (una de ellas, *Federico en el balcón*, dedicada a Nietzsche) o, aun, las que flotaban en algún limbo de su imaginaria, como su no escrita novela *Zapata en Chinameca* (me imagino a su protagonista cabalgando hacia su destino, a sabiendas de la

---

\* Departamento de Humanidades, UAM Azcapotzalco.

celada que le han montado sus enemigos, en la reconstrucción minuciosa de su querencia, de sus proyectos inacabados, de lo que alumbró y de lo que no podría ya conseguir), sino de las que decidió, en un alarde de autocrítica rigurosa, destruir.

Sabemos que después de publicar su segunda novela (en realidad, la primera que comenzó) en 1959, *Las buenas conciencias* (un buen ejercicio galdosiano, como él la describiera), habría escrito tres novelas, agrupadas en tres folios, que continuaban la saga de Jaime Ceballos, su personaje central, un joven guanajuatense que dejaba su pasado contestatario, por uno más amoldado a los orígenes conservadores de su familia; rasgo de carácter quizá autobiográfico, o que puede leerse como preludeo de la construcción de su propia biografía. El caso es que, después de haberles hecho innumerables revisiones y enmiendas, decidió que lo escrito no valía la pena. Quemó las obras inéditas en un boiler (obras que quizás habrían consagrado a cualquier otro escritor) y se bañó con el agua caliente producto de esa incineración, en un ejercicio de expiación, así lo pensó. Una exigencia que crearía obras brillantes, sobre todo, en su primera etapa como escritor.

Y es que no sólo tenía una inmensa cantidad de proyectos literarios (narrativos, ensayísticos, teatrales), delineados en un complejo mapa literario, sino que se había impuesto una férrea disciplina (al menos en su primera época como escritor) que lo llevaba a no creer en la inspiración pura. O mejor dicho, en creer sólo en aquella inspiración producto del trabajo. A las 6:30 de la mañana ya estaba de pie, invariablemente a las 8:00 en su mesa de trabajo. Revisaba lo escrito el día anterior (solía dejarlo en un "punto y coma", pues así era más fácil reiniciar un escrito, pensaba), lo corregía o lo desechaba y continuaba con la labor hasta la una de la tarde. Escritor solar en sus hábitos, dirán algunos, aunque sus escenarios solía ubicarlos, en sus momentos culminantes, en la noche (*La región más transparente* concluye una madrugada).

Al hacer un balance de su obra, es claro y sintomático que casi todos refieren la gran factura de sus primeros textos, un muy buen primer volumen inaugural de primeros relatos, agrupados en *Los días enmascarados* de 1954, después vendría *La región más transparente* de 1958 (la narrativa mexicana no sería la misma a partir de su publicación,

sugiere Sergio Pitol), su primera novela que tuviera una recepción privilegiada de público y de crítica (salvo algunos, entre ellos su mentor Alfonso Reyes), continuaría con la publicación de su muy celebrada *Aura*, una *nouvelle* de impecable realización (Ricardo Piglia subraya su brillante ejecución, que bien podría, según él —al fin argentino—, fácilmente incorporarse a la tradición narrativa argentina), publicada el mismo año, 1962, de la novela que la mayor parte de la crítica considera su obra mayor, *La muerte de Artemio Cruz*. Una novela en la que aparece con toda su fuerza el que sería su escenario favorito, la corrupción y decadencia moral de quienes detentan el poder político y económico en México. Articulada a partir del escenario final de la vida de Cruz, que comenzó su ascenso social a partir de la traición de su amigo y de sus ideales en donde se instala un paralelismo entre su decadencia moral y su acenso político y económico. No obstante, tengo la impresión de que el héroe más emblemático de su narrativa es Ixca Cienfuegos, personaje que intenta detonar las conciencias adormecidas del México retratado en el complejo mosaico de su primera novela. Un personaje que se hunde en las aguas del México profundo y desde ahí flota con sus dilemas en el tiempo mexicano como ningún otro de sus personajes lo intentará después.

Una obra que bien retrata cómo era aquel Carlos Fuentes de mitad del siglo es una en la que participara como guionista, la muy interesante película *Los caifanes* de Juan Ibáñez (1966). En ella, un par de jóvenes burgueses se relacionan de manera accidental con un grupo de jóvenes proletarios, muy semejantes a los pachucos que retratará Octavio Paz en *El laberinto de la soledad*. Reventados y desmadrosos, sin dejar de ser vitales, con un reto permanente hacia el orden legal y moral vigente en aquella época, los caifanes del título. Término ambiguo ("cae *fine*" era la etimología que le asignaba Monsiváis) que en un principio parecía designar a una especie de gigoló de las profundidades de la ciudad mexicana y que en la cinta de Ibáñez se le agrega, de la mano de su guionista, un talante intelectual (sus miembros citan de memoria poemas de Pellicer y de otros poetas) que retrata a los universitarios de origen humilde que proliferaban en la UNAM y el Poli de los años 50 y 60, proletarios cultos, producto inesperado de la educación pública a los que se

procura reprimir con el empleo sistemático de grupos de choque, genéricamente denominados "porros", que serán los detonadores principales del 68 mexicano.

Jóvenes que el guión y el film ven con indudable simpatía y que en la cinta se expresan a través de quien funge como alter ego del escritor, la bella Paloma (interpretada por la actriz Julissa, hija de la primera esposa del escritor, Rita Macedo). El atildado Carlos Fuentes, recién desempacado de Ginebra en la década de los 50, de modales cuidadosos y de cultura sorprendente, que se inscribiera en la Facultad de Derecho de la UNAM en esos años, espacio y lugar que, como sucedía con aquella universidad, permitía la convivencia, en un crisol insólito, de individuos provenientes de todas las clases sociales. Años en los que no sólo fundará con algunos otros intelectuales en ciernes la revista *Medio Siglo* y dirigirá, junto con Emmanuel Carballo, la *Revista Mexicana de Literatura*, sino que, y primordialmente, vivirá con intensidad el México de cantinas y lupanares de cuarta, conocerá los barrios más inhóspitos y entrará en relación con personas de los más diversos orígenes sociales que serán cruciales en la confección de su narrativa, en especial de *La región más transparente*, sin dejar por ello de frecuentar los más sofisticados y excluyentes círculos sociales. Por las razones que sean, Fuentes en ningún otro periodo de su vida volverá a tener, con esta intensidad al menos, un contacto tan directo con el México proletario, con el México profundo.

Después vendrían obras un tanto desiguales, como *Zona sagrada* (1967), *Cambio de piel* (1967), *Cumpleaños* (1969), *Terra Nostra* (1975), "la primera novela escrita para no ser leída", señalaba con vigor autocrítico su autor (aunque para Juan Goytisolo se trata de la mejor novela del escritor mexicano) o *Gringo viejo* (1985), de las que, quizás, la mejor obra de este conjunto es su volumen de relatos *Agua quemada* (1983). Algo había pasado en el escritor, un "cambio de piel". No sólo porque el cambio es irremediable y todos dejamos de ser los mismos, sino porque es un periodo de definiciones políticas, literarias y, sobre todo, personales que perdurarán hasta su propio final. Se divorcia y se vuelve a casar. En ese tiempo comienza su distanciamiento de Octavio Paz, una presencia notable y persistente en el sentido de su narrativa inicial, y la defensa a ultranza de su amigo el presidente Luis Echeverría (a quien no se le podía desligar fácilmente de la represión del

68 y del 71), con todo lo que ello significaba, lo confrontaría con una parte importante de sus amigos y lectores.

Sin embargo, más allá de esto, su nuevo estatus parecía ejercer algún tipo de relajamiento en su quehacer literario. Los premios abundaban (excepto el Nobel) y todo el mundo cultural, de aquí y de fuera, parecía rendírsele. Y esto, quizás, contribuía, muy a pesar de sus propias convicciones, a tener la tentación de publicar todo, o casi, lo que escribía, sin que para ello tuviera mayores problemas (sus editores llegaban a recibir sus textos manuscritos, en ocasiones en inglés, sin que eso fuese su pretensión, con un rigor autocrítico atenuado, lo que hubiera sido inconcebible, como ya se advirtió, cuando escribió sus obras mayores). El México profundo desapareció o era desdeñado (a veces despreciado) y se privilegiaba el de los cortesanos de todo tipo. A partir de entonces, tal vez, se acentuaría la seducción de un tema central de su narrativa, incluso de sus ensayos, el tema del poder. En todas sus formas, pero especialmente el político. Del que se desprendieron visiones catastrofistas del destino y tiempo mexicanos, como en *Cristóbal nonato* (1987), ("en México sólo nos puede ir mal", nos dice en la novela), *La silla del águila* (2003) o *La voluntad y la fortuna* (2008). En estas dos últimas, el estado mexicano subsiste con precariedad. Desde la distancia de un cuasi exilio voluntario en Londres, contempla la putrefacción de los regímenes priístas y la esterilidad de los gobiernos panistas. Si en las opulentas residencias de los primeros, las altas bardas ocultaban fortunas mal habidas y sus innumerables baños aludían a la necesidad de "limpiar" las culpas; en las segundas, los altos edificios y las lujosas oficinas sirven para resguardarse de una violencia incontenible a la que de ningún modo se comprende.

Muy de destacar, como quiera que sea, dentro de esta abundante diversidad de obras, *La frontera de cristal. Una novela en nueve cuentos* (1995), pues a partir de ella se genera un relativo auge de la narrativa de frontera. Del libro, son, en especial, relevantes dos de sus relatos, "La capitalina", en el que regresa a una de sus obsesiones favoritas, el retrato de los nuevos ricos y su asociación con el antiguo régimen conservador, y el de título homónimo de la novela que concluye con la escena de un beso prodigioso.

Una narrativa que, en su profusión última, bien podríamos encontrar su punto culminante en una novela corta de gran factura y de ejecución impecable, *Vlad* (2010), incluida originalmente en el libro de relatos *Inquieta compañía* (2004). No sólo es una alegoría sobre el vampiro, que sitúa de modo eficaz en un barrio aristocrático de la Ciudad de México, sino su testamento sobre la relación entre el poder y la sangre, la muerte y la inmortalidad. Una reflexión sobre el sentido de la vida y más allá de ella, en donde la vida es una muerte perpetua. Un alegato, además, acerca del dolor de perder un hijo, asunto que rondó de manera crucial, sin duda, en el ánimo de los últimos años de vida del escritor. En *Vlad*, Dios es un ser inacabado, como lo es el mundo y que por ello necesita ser reescrito constantemente. Un mundo en donde el bien y el mal parecen confundirse, diluirse y perder su sentido, y en el que, como en *Aura*, el horror es capaz de engendrar la belleza.